

FATALIDAD

Ya se ve entre las sombras del sendero
parpádear un resplandor lejano.
Ya escucho cómo silba por el llano,
lejanamente, el viento de febrero.

Ya en la negrura de la noche espero
la voz que ha de llegar, el inhumano
contacto de otra mano, con mi mano,
el frío de los ojos del viajero.

Y abro mi puerta. Un pájaro revuela
entre mi corazón y el mortecino
fulgor que el bosque me descubre y cela.

Miedo no tengo. Fiel a mi destino,
espero con la mano en la cancela
lo que veo llegar por el camino.

TRISTEZA

Rompe, Amor, tus inútiles saetas
y desecha tus rosas, ya marchitas;
cesa, Amor, en la saña con que agitas
el fondo turbio de mis aguas quietas.

Dulce como un aroma de violetas,
claro como un blancor de margaritas
fué el tiempo aquel de ilusionadas citas,
soñado amor y vísperas inquietas.

Porque entonces un sol de primavera
me acariciaba el corazón. Y era
tan hermoso el amor como la vida.

Hoy que el amor se ha convertido en nada,
es triste recordar, en la otoñada,
qué alegre fué la juventud perdida.

ARTURO BENET

RECUERDOS de la INFANCIA

¡LA PÍCARA AFICIÓN!

Por DANHUR

La feria de Mayo, en nuestra Ciudad, era esperada por la chiquillería con manifiesto desasosiego. Entonces y ahora, claro es. Pero en aquellos lejanos tiempos era ostensible la afición a los toros; lo mismo que actualmente sucede con el fútbol, que trae locos a chicos y grandes.

En el año de mi recuerdo yo deseaba presenciar las dos corridas anunciadas, y me dije: «Ya que mi padre sólo ha prometido llevarme a la segunda, nada se opone a que vaya a ambientarme por los alrededores de la Plaza». Y, antes de las dos de la tarde, me hallaba sentado en estratégico banco del Paseo del Perejil, dispuesto a no perder detalle de lo que por aquellos contornos sucediese.

«Las puertas de la Plaza se abrirán dos horas antes», rezaba el cartelón de vivos colores y arrebatadora escena taurina, pegado *mismamente* encima de la taquilla de SOMBRA, en letras de gruesos caracteres leía una y otra vez, y muchas más, los nombres de *Segurita*, *Cantarito* y *El Camisero*, diestros encargados de pasar por las seis fieras de aquella tarde.

Abstraído, leyendo alternativamente el cartel y contando los huecos del coso taurino hasta retener en la memoria todas sus puertas y ventanas; fumando un cigarrillo de cascarilla de cacao (un matico de diez pitillos por una perra gorda) adquirido en el portal del pan en el puesto del señor Onofre, iba transcurriendo el tiempo y aumentando mi entusiasmo ante la perspectiva de ver llegar a los picadores cabalgando sus escuálidos jamelgos, y en la grupa el *monosabio*, como era de rigor; a los toreros en el coche-jardinera, muy jacarandosos sus brillantes caireles, y en el pescante el mozo de *espá*, portador de enorme espuerta llena de capotes, que me figuraba ensangrentados. ¡Cómo brincaba de emoción a su vista! Inesperadamente veo desembocar de la calle de Barrionuevo a un grupo de señores, entre los que pude reconocer al popularísimo empresario, don Pedro de la Peña. Reparé en un niño-calzona y blusa de marinerito, que formaba parte del citado grupo, de edad y pinta poco más o menos que la mía. No lo pensé más: les salí al encuentro y me incorporé a ellos, cuidando, eso sí, de colocarme al lado de mi desconocido y ya muy querido amigo *Angel*. Nunca supe como se

llamaba, ni nunca más volví a verle; pero así conservo el recuerdo, ya que fué en aquella ocasión mi Ángel de la Guarda.

Así, enquistado en el grupo, llegamos a la puerta principal, cerrada, naturalmente, con llave y cerrojo. Se adelantó don Pedro y descargó dos sonoros puñetazos a guisa de preventivo aviso. En el acto chirrió el cerrojo: se oyó también girar la llave y, por la entreabierta puerta, dejó ver su africanado rostro el tío Alcántara, conserje de la Plaza. Y con un: «Buenas tardes, don Pedro y la compañía», nos dejó paso franco. Y la puerta volvió a cerrarse a nuestras espaldas, con enérgica disposición del fiel cumplidor de rigurosa consigna. Un escalofriante desasosiego me invadió entonces. Me senté al lado de mi providencial amigo, entre dos de aquellos señores, en uno de los dos bancos que existían en el portal, frente al que ocuparon los otros acompañantes. Procuré dialogar con mi compañerito y, a falta de tema—¿de qué podríamos hablar si era la primera vez que nos veíamos?—hice un elogio de su chalina de grandes lunares, que como alas de mariposa, escapaba debajo del lustroso cuello almidonado de la camisa, y tuve también algunas frases de admiración para la herradurita de metal plateado que exornaba la cinta de su flamante paja. Mientras yo reflexionaba: «estos señores, que ya han reparado en mí, habrán de pensar, sin duda, que soy familiar de alguno de ellos», y... me quedé tan tranquilo como lo estuve para acometer tamaña aventura; y redoblé mi expresiva charla, obsequiando al simpático amigo con dos o tres envolturas de los caramelos de Matías López que seriaba las principales figuras de la tauromaquia.

Y, después, todo fué como una seda: don Pedro que da la consigna a porteros y acomodadores, y demás servidumbre de la Plaza, para ocupar sus puestos. El acomodador de las localidades de *barreras* comprendidas en el sector de la izquierda de la meseta de la Presidencia, se acerca a nosotros—¡Virgen Santísima, que no me plante en la calle!—y, paternalmente, nos invita a seguirle; nos dejó colocados pegados a la Meseta, en la segunda fila, ¡en contrabarrera! «Me han encargado—nos dijo— que os vigile para que nada os moleste y para que no os mováis de aquí: ya vendré a recogeros». Un encanto de hombre y una tarde archisuperior para mí, como nunca lo soñé! Y allí, en aquel tercio de la Plaza, debajito de mí precisamente, ví la cogida de *Cantarito*. Una buena cornada en el muslo derecho, sin que el asta rompiese la taleguilla—tabaco y oro—que yo tuve en mis manos, pues bajé a la enfermería—me dejaron entrar por ser *familiar* de la empresa—y estuve viendo los primeros momentos de la cura. ¡Qué cara de sufrimientos tenía el pobre!

Cuando llegué a casa y conté mi hazaña, muy enfadados mis padres, me dejaron sin fuegos artificiales aquella noche.

PAGINAS ANTOLOGICAS

A KEMPIS

Sicut nubes quasi naves vclut umbra...

Ha muchos años que busco el yermo,
 ha muchos años que vivo triste,
 ha muchos años que estoy enfermo,
 ¡y es por el libro que tú escribiste!
 ¡Oh Kempis!, antes de leerte amaba
 la luz, las vegas, el mar Oceano;
 mas tú dijiste que todo acaba,
 que todo muere, que todo es vano.
 Antes, llevado de mis antojos,
 besé los labios que al beso invitan,
 las rubias trenzas, los grandes ojos,
 ¡sin acordarme que se marchitan!
 Mas como afirman doctores graves
 que tú, maestro, citas y nombras,
 que el hombre *pasa como las naves,*
como las nubes, como las sombras...
 huye de todo terreno lazo,
 ningún cariño mi mente alegra
 y con tu libro bajo del brazo
 voy recorriendo la noche negra...
 ¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
 pálido asceta, qué mal me hiciste!
 Ha muchos años que estoy enfermo,
 ¡y es por el libro que tú escribiste!

AMADO NERVO